

La fiesta en una Utopía de la selva y los indios cantores de Viena

Pocas veces se suele dar con el invento recién aparecido, las formas y la razón de su origen, expuestas por el propio autor en el proceso de la conquista blanca. Se trata de un documento rarísimo, el parto de una fiesta americana.

Entre 1749 y 1767, el jesuita Florián Paucke, nacido en Silesia, entonces provincia austríaca, toma a su cargo la reducción de los indios mocobíes en el Chaco austral¹. La reducción de San Javier ha sido creada no hace mucho, pero es él quien le otorgará una dimensión nueva: la fundación de la Utopía. Un mundo que corta los lazos con la civilización blanca, donde la propiedad es social y la apropiación más o menos igualitaria, pero donde sólo el representante de Dios en la tierra de lágrimas tiene el poder.

En su adolescencia, el misionero se prometió el camino de Dios y pasar el resto de sus días entre los salvajes. Construir con ellos un mundo sin contradicciones, con la moral de los apóstoles y la inocencia primitiva de «mis indios», como los llamará luego. La Utopía se pone en marcha, pero con los cánones, disposiciones y preceptos unilaterales e inapelables de la cultura europea. Mas la Utopía necesitaba una fiesta que la inmortalizara.

Los cazadores-recolectores mocobíes, jinetes formidables, pueden cruzar mil kilómetros sin desmontar del animal. Con una lengua de gramática en movimiento, y palabras que cambian continuamente porque los caciques llevan el nombre de las cosas y, al morir, las cosas se quedan sin palabras, por lo que deben inventarse otras, el utopista cae en frecuentes desesperaciones y abatimientos. Conocedor de varios idiomas clásicos, no puede, sin embargo, con este otro salvaje y mutante. Clanes próximos cambiaban continuamente sus baterías de sustantivos y verbos². Son las viejas y viejos hechiceros los encargados de construir palabras. Se cambian los nombres propios por amistad o se los compran entre sí por una manta o un caballo³. Cada

¹ Actual provincia de Santa Fe.

² Paucke, Florián: *Hacia allá y para acá* (una estada entre los indios mocobíes. 1749-1767). Traducción de Edmundo Wernicke. Universidad Nacional de Tucumán (UNT), Dto. de Investigaciones Regionales. Instituto de Antropología, Tucumán-Buenos Aires. 4 volúmenes. T. II (1943), pág. 172.

³ *Ibid.*, pág. 176.

persona pudo tener varios nombres en su vida; cuando él mismo cree haber cambiado o modificado su actitud ante las cosas, es que necesita otro nombre. Eso creaba, asimismo, afinidades continuas dentro del clan: llevar el nombre de un amigo, cambiárselo. Cada uno podía ser todos al mismo tiempo. La primera responsabilidad del misionero fue colocar al indio convertido, un nombre español fijo. Ahora, cada uno sería siempre él, para siempre, ubicable, reconocible. Desmantelar la palabra en su movilidad original y su funcionalidad, formaba parte de la destrucción de una forma social y el paso hacia otra, colaboraba en el tránsito de una conciencia a otra.

Clanes que se dividen sin cesar por imperio del modo de producción recolector, una larga guerra india envuelta en victorias a lo Pirro frente a las ciudades blancas, y ahora estos clanes pacificados en el contexto de la Utopía⁴. Es decir, de una aldea miserable de ranchos rodeados de miles de cabezas de vacunos, caballares, ovinos y mulares entre la selva y las praderas. El utopiano necesita algo estable, una fiesta inmóvil que rompa con la inveterada costumbre de los clanes de trasladarse continuamente en la selva, cabalgar durante meses, saltar de un lugar a otro, reconocer palmo a palmo casi un mundo: el Chaco.

En las ciudades españolas se acostumbra que en la fiesta del patrono de la ciudad se rinda homenaje al Rey. En el pensamiento del misionero, la fiesta de San Javier deberá convertirse en un polo magnético de la Utopía. Atraer las expectativas del indio durante doce meses, y volcar en ella su mundovisión, pero convertida en el camino en cultura perfectamente blanca. Lo enemigo para el indio, deberá consagrarse como objeto de culto. Los elementos rituales y del juego, combinados, convertirse en el orgullo de la Utopía y su fundador. Él podrá demostrar a los groseros españoles, el valor de la civilización germánica. Probar a ellos la fuerza de la Compañía como una transnacional de la fe. Quizá como ninguna otra orden, ella misma sentida más grande que las naciones y el papado. Este potencial transnacional otorga un plus místico a los ejecutores utópicos.

La fase blanca

Los hombres de las ciudades blancas suelen llevar a las fiestas patronales, sus cabalgaduras mejores y su ropa más brillante. Pero el misionero no puede vestir a sus indios, como ellos hubiesen quizás esperado, con las mejores pieles de tigre. No, porque en tal caso, la fiesta podría volverse india ni la ropa, conducir a una ritualidad y memoria distinta. En las cabezas está impregnada la venganza de los familiares asesinados por los blancos. Una fiesta india puede transformarse en un recomienzo de las danzas, promesas y juramentos de guerra. No hay borrachera sin solución de agravios, y antes de tomar, los indios clavan las lanzas en la puerta de sus rancherías.

En las ciudades coloniales, durante las fiestas de patronos, un noble representa al Rey, el *Alférez Real*. Es una fiesta religiosa donde el cielo y la tierra quedan encade-

⁴ «Entre los Españoles no hay otro deseo sino que los indios se mataran mutuamente», escribe Paucke horrorizado (Paucke, *Florián*. Op. cit., T. II, pág. 22).

nados. A propuesta del misionero, los caciques decidirán cuál de ellos representará al Alférez. Luego formará quince Compañías, cada una de veinticinco hombres, más un *oficial* que cabalga en animal de diferente color. Tras él montarán dos *tambores* y dos *alféreces* con sus banderitas de color diferenciado. Los siguen las Compañías de *villanos*. Al final, una Compañía sobre mulares, y otras sobre burros⁵.

El conjunto es el de una marcha en un burgo medieval-renacentista, con su diferenciación estamental precisa. Nobles, funcionarios de la administración y milicia, villanos y siervos. A cada Compañía corresponde un color y tipo de animal, envueltos en una imagen auditiva no-india. Un tambor blanco, de ritmo monocorde, denso, amenazante. Un cortejo de condenados. Peor aún, una sensación anti-india, el prisionero bien podría ser un mocobí.

Una Compañía tiene sobre la cabeza sombreros con penachos teñidos; otras, turbantes de plumas y papagayos, gorras de campaña, casquetes rojos, o azules a la manera prusiana que el misionero fabrica con viseras de piel de buey revestidas de mica quemada⁶. Las formaciones así vestidas, se dirigen al campo para hacer su orden de entrada en la aldea. Aquí se hacen los preparativos para recibir al Alférez Real y su séquito. El misionero no podía crear ropa europea para toda la Utopía semidesnuda. Pero calculó que con los gorros sería suficiente. Los mocobies entraban en la cultura del vestido blanco por la cabeza. Se inauguraba otra estética. Y no hay mejor oportunidad para imponerla que el contexto de una fiesta, concebida además, como de rigurosa masculinidad, con mujeres casi de decorado. A un costado de la iglesia se ubican los niños, al otro las niñas, y las mujeres en el centro de la plaza agitando calabazas con una mano a la manera de maracas. En la otra mano llevan cabezas de enemigos muertos, mientras bailan y cantan victoria en su lengua. No podría erigirse una fiesta india real, sin cabezas de enemigos vengados. La compleja conciencia jurídica estaba tan penetrada del Talión, que el sacerdote no podrá obviarla si pretende que el evento sea sentido e idealizado como fiesta propia. Probablemente, tampoco desee otra cosa. Él mismo participa en batallas de su Utopía contra otras tribus. Mientras se acumulen juramentos contra otros indios, el odio a lo blanco tenderá a amortiguarse. En sus dieciocho años en San Javier, ello ocurrió treinta y cinco veces. Escribe que los españoles buscaban continuamente a sus indios para estas guerras anti-indias, pero él debía oponerse porque eran sus «niños»⁷, ni del Rey llega a decir, ni del gobernador, ni de nadie, sino suyos⁸.

Las cabezas se ofrendan al Alférez Real indio «vestido a la alemana con botas y espuelas», quien cabalga con dos acompañantes que sostienen a ambos lados las borlas de la *bandera de damasco* de rojo carmín, con cendales mezclados de plata y seda⁹. El personaje central, el Alférez, es pues, un indio blanqueado, es decir, pasado de la ilegalidad a la legalidad a través de la cultura, y ésta expresada como objetos inaccesibles a la totalidad de los cazadores, salvo para el blanqueado, que puede sostener la bandera de damasco y la ropa europea. Todo por gracia del mayor de los poderes de la Tierra. Ha dejado de ser un mocobí, un futuro perdedor. Ahora es un

⁵ *Ibíd.*, T. III, 2.^a parte (1944), pág. 13. En la fiesta de San Lorenzo, patrono de la villa, a quince kilómetros de Tarija en Bolivia, dos hileras de chunchos o indios, marchan con sus trajes de colores, altos sombreros de plumas y velos, al ritmo monocorde de un tambor. Ellos hacen sonar al unísono unas tablitas que llevan en una mano. El tambor es una figura española que acompaña la marcha india. Entran en la iglesia ocupando los lugares más destacados. Marcan siempre un paso de baile acompañado al final por el golpeteo de la tablita. El tambor, con un golpe seco, espaciado, como de acompañamiento de un condenado a muerte, marcha en el medio de las dos columnas de chunchos. No está vestido de indio, sino con ropas blancas.

⁶ Paucke, Florián. Op. cit., T. III, 2.^a parte, pág. 14.

⁷ *Ibíd.*, T. II, pág. 81.

⁸ *Ibíd.*, T. II, pág. 296.

⁹ *Ibíd.*, T. III, 2.^a parte, pág. 14.

vencedor de sí mismo. La operación ideológica es tan sorprendente como definitiva.

La Utopía reproduce una parte de Europa, de su cultura. El misionero siente que sólo así podrá dominar la Utopía en construcción. Debe enseñar un código sobre el cual él sea el más perfecto sabio y artesano. Sólo entonces, todo girará alrededor suyo.

Delante del Alférez cabalgan dos *Alcaldes* o jueces de la reducción, cada uno con una delgada vara negra que en España llevan todos los jueces de la ciudad y aldea como símbolo de la justicia. Desfila la justicia blanca en manos de los indios. La justicia empieza a ser respetada en sus símbolos. Y aun cuando no se la acepte en principio, el fetichismo por sus formas, en el espacio de mayor creación espiritual popular como la fiesta, conducirá inequívocamente a respetarla por su contenido. La justicia deja de ser una obra de los hombres para ser una consecuencia de las cosas: las delgadas varas negras. Las cosas independientes de los hombres obran a su antojo. La justicia —por ese camino— se vuelve superior a los hombres, un ente abstracto que mira, equidistante, homogéneo y exacto a blancos e indios desde arriba. La trilogía de los Alcaldes y el Alférez se acerca al Dios blanco. Al hallazgo de introducir la imagen formal de la justicia en una fiesta patronal, se suma que el Rey blanco queda atado al Dios blanco por el significante de la legalidad blanca. No habría dónde escapar en cuanto se hagan propios los significantes del poder.

¿Hasta qué punto el hacedor utópico es consciente de ello? En todo caso, la estructura de la fiesta comienza expresando su cultura, dudas y oposiciones. No sólo Europa frente a América, también su desconfianza germana frente a España y viceversa, la creciente oposición Compañía-poder real, la guerra del Chaco contra las ciudades blancas periféricas. Él tendrá que hacer buena letra, con imágenes precisas y univalentes frente a los *Españoles* que vigilarán su fiesta, pero también expresar su profunda rebelión de desheredado blanco sumergido en un mundo primitivo. Señalar con soberbia frente al poder terrenal el haber sido tocado por el dedo de Dios, pero construir su poder terrenal con los mismos símbolos de poder que inevitablemente se alejan del dedo de Dios. Su esfuerzo es colosal. Años de trabajo para que entrara en la vida de los clanes lo mejor de la civilización occidental. El dominio sobre la naturaleza y el espíritu. El costo era el de dejar de ser mocobies. Y él estaría más cercano a Dios por la obra, y ellos más unidos a él, porque se había convertido en el eslabón decisivo sin el cual la selva no podría ser arrastrada al Cielo. Paradójicamente, para que ello pudiera ocurrir, la fiesta era la encargada de arrastrar a todos a la Tierra. Sólo con los poderes de la Tierra se podía hacer el lanzamiento hacia los Cielos. La cadena quedaba estirada y los eslabones indestructiblemente unidos.

El director-coreógrafo-escenógrafo de la fiesta ordenará que, en cuanto el séquito llegase a la iglesia, desmontarán todos y acompañarán al Alférez, quien entrará con sombrero puesto y estandarte¹⁰. Ello repite la coreografía ideológica de la ciudad blanca. El poder Real, la justicia terrestre, entran en el templo en pie de igualdad con la justicia celeste, sin quitarse el sombrero hasta el momento de la transubstanciación,

¹⁰ Paucke, Florián, op. cit., T. III, 2.^a parte, pág. 14.